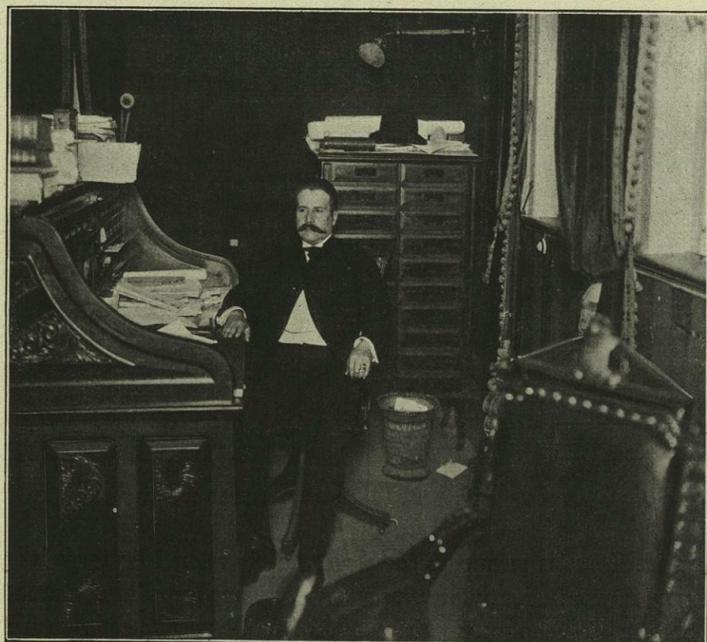


El armamento de repuesto de la flota, las municiones y explosivos, se conservan en el Parque de Artillería de Zárate, en un depósito situado en el Tigre, á orillas del río Luján, y en los polvorines de la isla de Martín García.

La enseñanza que se proporciona en las escuelas de la armada, los viajes de instrucción y las movilizaciones, han dado al personal de la marina argentina una gran superioridad, hasta el punto de poder resistir la comparación con el de las mejores escuadras. Son marinos de grandes entusiasmos, fieles cumplidores del deber profesional.



EL CONTRALMIRANTE BETBEDER EN SU DESPACHO DEL MINISTERIO DE MARINA

En estos tiempos, que afortunadamente son de paz, han arriesgado su vida por servir á la ciencia y la humanidad. Un marino argentino, el alférez de fragata J. Sobral, partió en 1902 con la expedición del Doctor Nordenskjold, de la Universidad de Upsala, para hacer descubrimientos en el Polo Antártico. Transcurrió mucho tiempo, y todos en Europa dieron por perdida á la expedición sueca. Entonces el Gobierno argentino dispuso que la corbeta *Uruguay* hiciese un viaje á los mares antárticos en busca de los expedicionarios. Al mando del teniente de navío Don Julián Irizar emprendió este buque el penoso viaje, logrando tras muchos peligros encontrar á Nordenskjold y los suyos, á los que salvó de una muerte cierta.

Esta expedición la organizó en 1903 el actual ministro de Marina, Don Onofre Betbeder, que entonces ocupaba por vez primera el citado departamento.

El contralmirante Betbeder es de los que más han trabajado por el engrandecimiento de la armada argentina. Desde los grados subalternos se distinguió por su inteligencia y su energía, ocupando puestos de gran compromiso y desempeñando las comisiones más arduas.

Mandando la fragata *Presidente Sarmiento*, hizo un viaje á vela alrededor del mundo; el primero realizado por un buque de la escuadra nacional. Ochenta años después de la famosa expedición del corsario Bouchard, el pabellón argentino volvió á reflejarse en todos los mares, siguiendo la redondez del planeta. Al regreso de este viaje pacífico, que sirvió para poner en relación á la Argentina con muchos pueblos, Betbeder tuvo en Buenos Aires una entrada triunfal. El presidente de la República le entregó sobre la cubierta del buque su despacho de capitán de navío, con palabras de elogio.

Al ocupar por dos veces el ministerio de Marina, ha fundado escuelas para el personal subalterno, ha redactado nuevos reglamentos y preparado la escuadra para entrar en combate á la

primera señal de peligro. También ha reorganizado el plan de estudios de la Escuela Naval, ha ampliado los arsenales y se ha preocupado especialmente de la instrucción de tiro.

Á sus gestiones dentro del Gobierno se debe, en parte, la «Ley de armamentos de 1908», por la cual va á adquirir la armada los elementos de combate más poderosos que se conocen.

V

LA EDUCACIÓN

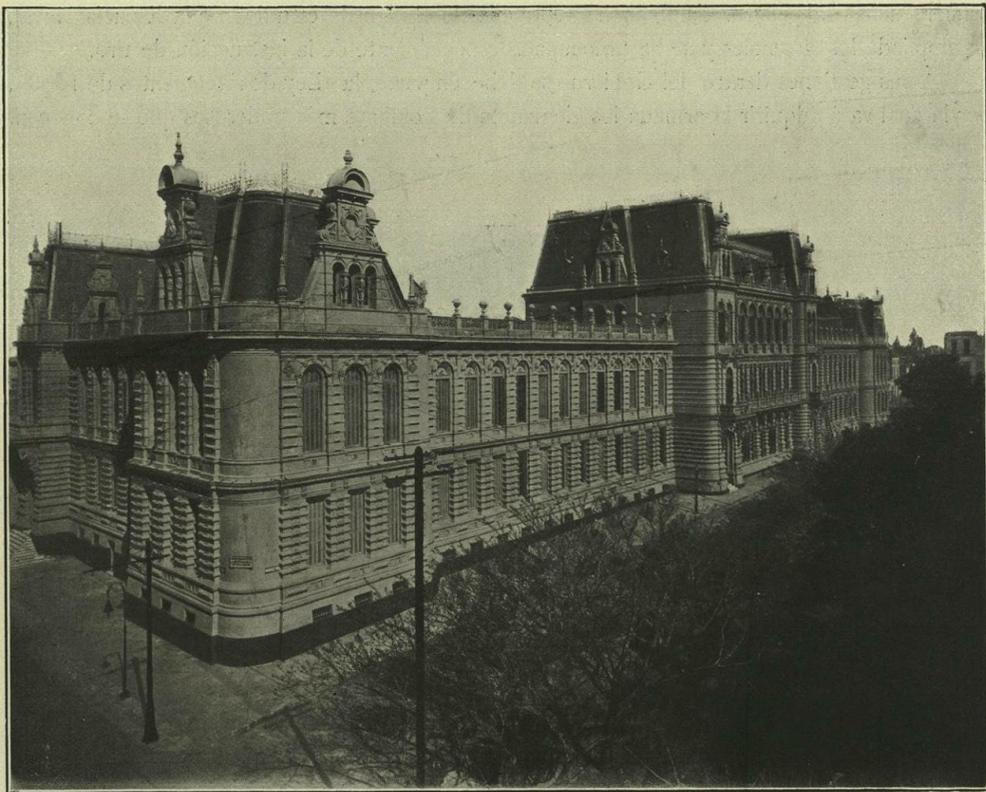
En las provincias de la Argentina del Centro, donde es más densa la población, no se anuncian de lejos ciudades y villas con altas iglesias y esbeltos campanarios, como en las provincias del Norte, en las que perdura la influencia española de la época colonial.

Son poblaciones de fundación reciente, hechas á la ligera, con el aspecto frágil de las cosas momentáneas. Sus construcciones aparecen chatas, monótonas, con techumbre de zinc, todas iguales, sin que sobre ellas sobresalga una torre airosa, un edificio esbelto, aristocratizado por la venerable pátina de los siglos. En estos pueblos, nacidos de la noche á la mañana, á impulsos de la riqueza del suelo, y cuyo vecindario goza de la mayor prosperidad, los templos son edificios casi iguales á los otros, dedicados al culto provisionalmente. La gran iglesia gótica, imaginada por los fieles á imitación de alguna catedral de Europa, está á medio levantar, á la altura de las primeras ojivas, casi en ruinas antes de nacer, falta del calor fervoroso que movía montañas en otros tiempos y sacaba del suelo los grandes poemas de piedra labrada.

Sobre los tejados-grises de estos pueblos nuevos, sólo emerge con aire triunfador un edificio blanco, enorme, que parece cubrir con su majestad el caserío agrupado en torno de él, como las aves cobijan á su cría. Es la escuela.

Muchas de estas poblaciones, más que entidades municipales con vida propia, parecen dependencias de la escuela que se yergue en su plaza central. La enseñanza es la función más importante de la vida de la República. En todas las naciones las escuelas se construyen para los pueblos: en la Argentina los pueblos se forman para las escuelas. No hay provincia ni territorio donde no se advierta el regio poder de la enseñanza. Una ley nacional, obra del senador Láinez, dispone que allí donde existan cincuenta niños se forme una escuela. En países que aun tienen tolderías de indios y viven dispersos los blancos en ranchos y pequeñas estancias, se alza solitaria una casa de ladrillo, con la bandera nacional sobre el tejado. Es la escuela, el núcleo creciente de la vida culta en un radio de muchos kilómetros. A su puerta está el maestro, como un centinela destacado de la vanguardia de la civilización, que avanza lentamente, viniendo de muy lejos, á través del desierto. En torno de esta casita se formará algún día un pueblo. Nacieron las ciudades en el viejo mundo, amontonándose hombres y viviendas junto á las fortalezas y los templos. En Argentina es la escuela la que cuaja y condensa las agrupaciones humanas.

Todos los organismos políticos de la nación se ocupan de la enseñanza y la ayudan con su dinero: el Gobierno central, los gobiernos de provincias, los municipios y el Consejo Nacional de Educación. Ningún país del mundo (si se tiene en cuenta el número de habitantes) gasta tanto como la Argentina en el fomento y difusión de la enseñanza. Hay provincias que dedican á este servicio una tercera parte de su presupuesto. La de Corrientes, antiguo dominio de los jesuitas del Paraguay, que gozaba en pasados tiempos de un deplorable renombre por la incul-



BUENOS AIRES. CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

tura y la belicosidad de sus habitantes, dedica ahora á la educación el 30 por 100 de su presupuesto y edifica escuelas que son palacios.

Rivadavia y Sarmiento no han muerto. Su voz resuena todavía en el alma del pueblo argentino. «¡Escuelas! ¡Escuelas!» Y pasan las generaciones; y todas ellas repiten este grito, salido de labios de sus insignes educadores; y se considera la mayor gloria nacional aumentar el número y las perfecciones de los centros de enseñanza. Así como otros Estados enumeran con orgullo las batallas ganadas por sus armas y las banderas enemigas que cuelgan de sus templos de gloria, la Argentina lleva la cuenta de las nuevas escuelas que funda todos los años, reconociendo en cada una de ellas una victoria sobre la barbarie. Los creadores de poblaciones, lo primero que construyen es un palacete para la escuela. Los dueños de estancia dedican en sus dominios un edificio á la educación, y solicitan el envío de un maestro para los hijos de los peones que se hallan á su servicio.

Forman las escuelas á modo de una red, tendida sobre el territorio de la República, cuyo extremo se halla en Buenos Aires, entre las manos del Consejo Nacional de Educación. La enseñanza es gratuita y obligatoria, pero de verdad, sin mentidas declamaciones. Nadie se escapa de sus mallas. El hijo del país y el hijo del inmigrante van á la escuela, pues nada se opone á ello; ni la falta de medios, ni lo largo de las distancias. La instrucción se encuentra en todas partes. Un maestro, un educador genial pasó por la presidencia de la República, y su influencia está latente aún, y estará por los siglos de los siglos, ya que las nuevas generaciones se modelan en el troquel fabricado por Sarmiento. ¡Y qué educación la de estas escuelas!... Los que

asistimos de niños á los centros de instrucción montados á la antigua, aun recordamos con escalofríos de terror las angustias que en ellos sufrimos; la entrada en el aula, pensando en la cara avinagrada del maestro, en los pesados castigos y las lecciones áridas, duras y angulosas, que arañaban nuestras inteligencias, sin adherirse á ellas.

El antiguo cubil de tormentos infantiles, que hacía de la enseñanza una función cruel, es en la Argentina moderna algo así como un palacio encantado, donde discurren los primeros años de la vida en bondadosa placidez: un paraíso de los niños.

Sarmiento, en sus visitas á las escuelas mixtas, daba á las maestras el secreto de su enseñanza, con la brusquedad de un carácter franco é impetuoso:

— ¡Mucho canto! ¡Mucha música! ¡Que se diviertan!... Sobre todo, no olviden ustedes el baile. Saber bailar es necesario para la vida. El baile significa alegría y salud, y hay que fabricar generaciones alegres y fuertes para que sean buenas.

¡Ah, genial artista, rudo y bondadoso! ¡Qué concepción tan hermosa y justa de la vida!... Sus enseñanzas no han sido olvidadas. Yo entré una tarde en una escuela de niñas de Rosario, enorme como un palacio. A lo lejos, un piano y un violín sonaban la graciosa melodía de una pavana del siglo XVIII. Penetramos en un salón, que parecía un teatro. Sobre el escenario, la profesora, sentada al piano, dirigía con movimientos de cabeza la danza de unas cuantas niñas predilectas. Abajo, más de doscientas parejas se movían acompasadamente al son de la música rococa. Eran niñas de cinco á ocho años; graciosas muñequillas, con el uniforme azul de las escuelas, y la cabellera rubia ó negra, adornada con lazos rojos. Danzaban con esa gracia instintiva que posee la mujer desde sus primeros años. Las que imitaban el baile de los caballeros, echaban la cabeza atrás gallardamente, y mientras con una mano sostenían la de su pareja, cogida de las puntas de los dedos, llevábanse la otra bajo los faldones de la casaquilla, lo mismo que un elegante de la corte de Versalles. Ellas, imitando á las grandes damas, tiraban de su corta falda, púdica y señorialmente, como si fuese una crinolina ampulosa, contestando con sonrisas á las reverencias de sus acompañantes. Era un gracioso espectáculo, conmovedor en su frivolidad.

— Así descansan entre clase y clase — dijo la directora.

Y poco después, terminada la música, el tropel de angelitos azules, la avalancha de mujeres futuras, se distribuía por las aulas, donde se enseña todo: rudimentos de ciencias y de artes, leyendas patrias, moral cívica y hasta comentarios á la Constitución de la República.

No hay escuela importante que no tenga su biblioteca, su gabinete de física y química y su pequeño museo de Historia Natural. Reproducciones de cuadros y estatuas célebres adornan las paredes. Los retratos de los músicos ilustres se encuentran en casi todas las escuelas de niñas.

En esta educación de placeres alternados con enseñanzas, el maestro es un amigo; la corrección, un simple llamamiento al deber, y una palabra severa se teme



BUENOS AIRES. ESCUELA SUPERIOR DE NIÑOS

más que el castigo embrutecedor y material usado en otros tiempos. La muchedumbre escolar ofrece una simpática soltura. Cuando se reúne para recibir al visitante, éste no ve cabezas inclinadas, manos juntas y ojos hipócritas y recelosos que buscan el suelo. Los alumnos y las alumnas miran francamente y sonríen, sin miedo y sin insolencia.

Una variedad infinita de tipos y razas se nota en todas las escuelas, como reflejo de la confusión étnica que existe en el país, renovada incesantemente por la inmigración. La niña peliroja, corta de narices y blanca de carnes, hija de rusos ó alemanes, se codea con la italiana pálida y la española morena, de grandes ojos negros. El muchacho sombrío y tristón, cuyos padres vinieron de Armenia huyendo de la tiranía turca, se sienta al lado del «gringo» alegre, que revela en sus juegos y bromas el «humor» inglés. Todo centro de enseñanza es un Arca de Noé, puramente humana. ¿Qué podrá salir de esta confusión? . . .

La República sonríe tranquila, segura de su porvenir. Cuenta con la escuela, y la escuela dará de sí lo necesario para la fusión nacional. Estos descendientes de todos los pueblos del planeta cantan á la gloria de San Martín, entonan los himnos patrios, y puesta una mano sobre el pecho, recitan con unción religiosa la *Oración á la bandera*, escrita por Joaquín González: «Bandera de la patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y la fuerza, con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; . . . vínculo sagrado é indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras. . . Que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, en todo tiempo y lugar de la tierra donde éstos la condujeran; que á su nombre la nación argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos y sea para todos los hombres mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia.»

Lo que se aprende de niño penetra tan hondamente en nuestra alma, que difícilmente podemos desecharlo en el resto de la vida. ¡Cuántos racionalistas no sienten emerger en su pensamiento y su carácter ideas y prejuicios de la educación religiosa recibida en los primeros años! En vano la razón protesta contra estos residuos del pasado. Los rechaza, pero ellos vuelven cuando está descuidada, la asaltan, la dominan, y son causa inicial muchas veces de sucesos importantes.

Cuando se aprende algo en los primeros años, no se olvida jamás. Podrá repelerlo la memoria, pero queda como un sedimento dormido en el fondo del alma y resurge fatalmente cada vez que nos conmueve una revolución moral.

El gran fundente de razas es la escuela. La educación alegre y fácil que se da en la Argentina hace que el niño la mire con más amor que al propio hogar. Lo que aprende en sus bancos resulta sagrado. Y el hijo del italiano, del español, del inglés, del turco, en fuerza de repetir «Bandera azul y blanca. . . , con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad», acaba por creer que fueron sus padres, efectivamente, los que realizaron esta grande obra.

Es inútil que en la casa hablen al alumno del país de sus abuelos. No: «Bandera azul y blanca, de independencia y libertad». . . Él es argentino.

Los que pintan á este país como un hervidero cosmopolita, falto de vínculo nacional, y expuesto á grandes peligros, son miopes, que sólo distinguen lo más próximo. No han visto hasta dónde alcanza la influencia de la escuela argentina.

* * *

Los maestros son dignos de esta función nacional. En mis viajes por el país he encontrado simples directores de escuelas primarias que poseían una excelente biblioteca y estaban al corriente del movimiento literario de Europa. Un maestro de un pueblecillo me enseñó

la mejor joya de su casa: un busto de Augusto Comte. Sus horas de aislamiento en medio de una sociedad de agricultores y ganaderos, las consolaba con la lectura del filósofo.

El personal docente de las escuelas procede, en su mayor parte, de las provincias andinas y de las dos que llamó el geógrafo Martín de Moussy la *Mesopotamia Argentina*, ó sea Entre Ríos y Corrientes.

El maestro argentino no está bien pagado. Su remuneración parece considerable si se la



BUENOS AIRES. MUSEO PEDAGÓGICO DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

compara con la de algunos profesores europeos; pero resulta mísera al relacionarla con la esplendidez que muestra el Gobierno en otros servicios y lo cara que es la vida en la República.

No sólo lo exiguo del sueldo da un aspecto de noble sacrificio á la función de los maestros. Hay también que tener en cuenta las incesantes tentaciones que la prosperidad de este país ofrece á un hombre activo é inteligente. Abandonando la escuela para dedicarse á los rápidos negocios, tan abundantes en la vida argentina, el maestro podría enriquecerse lo mismo que los demás. Y, sin embargo, muy pocos desertan de su puesto de honor. Ven cómo en torno de ellos crecen los pueblos y las fortunas; cómo sube y sube por todas partes la marea de la riqueza, ahogando á muy pocos, llevándose á flote á los más; y no se mueven de la escuela, á la que viven adheridos para siempre, mirando con indiferencia aquello que es ajeno á la instrucción.

Estos maestros poseen el desinterés y los generosos altruismos del misionero. Han dedicado su vida á una causa noble y quieren morir fieles á ella. La educación de la República, para